

Verdad es que ya me encontré en otra ocasión con otro vate que tenía regazo... O por lo menos creía él que le tenía.

«Ven á mi seno; y beberé, mi vida...»

¿Qué querrá beber este insensato?...

XIV

En el mismo *Libro de lectura* que anda por Venezuela, me he encontrado con una *poesía* de Andrés Bello, muy larga, aunque no muy poesía, titulada *La Oración por todos*.

Me parece haber dicho ya en otra ocasión que Andrés Bello, á quien tienen los americanos todos y especialmente sus paisanos los de Venezuela, en gran predicamento, era un pedante, que de todo quería entender y de todo hablaba y escribía con tono doctoril, y hasta hacía versos dándose aires de gran poeta, de lo cual, sin embargo, no tenía más que los aires que él se daba.

Como prueba de que Bello no era poeta, sino un mal versificador, he citado ya en otro libro (1) unos versitos de su traducción de la oda de Horacio *O navis!* en donde nos pone al sol metiéndose por la noche en una alcoba

(1) En el titulado: DES-TROZOS LITERARIOS.

como un huésped de á dos pesetas, pues dice á la nave:

«Que tu nombre famoso
En reinos de la Aurora,
Y en donde al sol recibe
Su cristalina alcoba...»

Imagen por cierto desdichadísima para indicar el Occidente.

También he citado el hecho de que en su silva *A la Agricultura en la zona tórrida*, para dar consonante á la *yuca* no tuvo inconveniente en presentarnos á la patata *educando* á sus crías, pues dijo:

«Para tus hijos la procerca palma
Su vario feudo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía;
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomas la patata educa.»

Disparate que, aparte la fuerza del consonante, no puede tener otra explicación que la ignorancia de lo que significa el verbo *educar*, que no es criar materialmente, y que ni en su sentido usual puede emplearse así, ni tampoco en su sentido etimológico, porque precisamente la patata no saca á luz sus tubérculos, sino que los cría debajo de tierra.

Bueno, pues la *poesía* titulada *La oración por todos*, no me hará mejorar la opinión

acerca de Andrés Bello como poeta; porque... verán ustedes:

«Vé á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo...»

¿La hora de la conciencia?... ¿A qué hora llamaría el presuntuoso vate *hora de la conciencia*?

De la conciencia son todas las horas, pues á todas está obligado el hombre á tenerla y á vivir y obrar concienzudamente.

«Vé á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo;
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón.»

Bueno: por eso de que «cesó el trabajo» podemos ya venir en conocimiento de que *la hora de la conciencia* para el Sr. Bello es la noche... Si hubiera dicho «la hora del examen de conciencia», se hubiera podido entender más pronto. Pero; en fin, entendido.

Lo que no se entiende ni pronto ni tarde es eso otro de que «al mundo la sombra va á colgar su pabellón».

¿Qué será eso?... ¿Qué querrá decir?...

¡La sombra va á colgar su pabellón al mundo!...

¿El mundo será el clavo?... ¿De quién será el pabellón?... ¿Del mundo ó de la sombra?...

Nada... no es posible averiguar nada, ni entender nada..., sino que la expresión es una tontería por cualquier lado que se la mire.

Otra media octava:

«Sacude el polvo el árbol del camino...»

¿A quién?... ¿A quién sacude el polvo el árbol?... ¿Al camino?... ¿Es que sacude el polvo del camino el árbol?... ¿O es que *se* sacude á sí mismo el polvo que se le sube del camino?... ¿O es que del camino es el árbol?...

«Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche...»

¡Ah! Pero entonces no es el árbol el que sacude el polvo, es el soplo de la noche el que sacude el polvo al árbol.

Lo cual, además de estar dicho al revés, porque lo derecho era decir: «sacude el polvo al árbol del camino *el* soplo de la noche»; además de estar dicho al revés, no suele ser verdad tampoco. A no ser que el *soplo de la noche* sea un cierzo fuerte, que entonces puede ser. Pero si se trata de una simple marea un poco más fresca que la del día, que es á lo que se suele llamar soplo de la noche, ésta no sacude el polvo á los árboles.

Vamos á otra octava:

«¡Mira!...»

Bueno, que mire. Pero me parece que para mandar á la niña mirar, no se necesitaba escribirsele con admiraciones.

A no ser que tan estupendo sea el espectáculo...

«¡Mira! *su* rueda de cambiante nácar
El Occidente más y más angosta...»

Aparte de que la claridad que se ve al Occidente después de puesto el sol no suele parecer de nácar, ni cambiante ni fijo, y aparte de que no es un rueda, sino un medio rueda, y aparte de que el verbo angostar no es muy propio que digamos para aplicado á un semicírculo que se disminuye, repito que para mandar á la niña mirar eso no era necesario decirla: ¡Mira! con tanto aparato.

La otra media octava:

«Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la *tarda*...»

¿Que qué es la *tarda*?...—No lo sé todavía... Probablemente será un consonante. Pero esperen ustedes á que lea el otro verso, á ver si se descubre...

Además, claro que el albergue rústico no suele brillar, ni aunque esté *aderezado*, que tampoco lo suele estar para la pobre cena...

Porque una cena pobre no necesita muchos aderezos.

Y de todos modos serían éstos de la cena,
y no del albergue.

«Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la *tarda*
Vuelta del labrador la esposa *aguarda...*»

¿Ven ustedes como la *tarda* era un conso-
nante?... Un consonante á *aguarda* y no otra
cosa...

Es decir, otra cosa es también: un epíteto
de la vuelta. Y siendo un epíteto innecesario,
es, por consiguiente, un verdadero ripio.

Y un ripio muy feo, por estar colocado
solo, al final de un verso, precedido de la con-
junción *y*, de manera que parece otro sustan-
tivo como el albergue, regido también del
verbo brillar, como el albergue... rústico.

La tercera octava:

«Brotó del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido *diamante...*»

Llama diamantes á las estrellas, lo cual en
sí no tiene nada de particular; pero verán us-
tedes las consecuencias que nos trae...

«Brotó del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido *diamante*;
Y ya apenas de un carro *vacilante*
Se oye á *distancia* el *desigual* rumor...»

Ya ven ustedes... Por haber llamado *dia-*
mante á la estrella que al oscurecer aparece

en el cielo, ha tenido que introducir en es-
cena un carro y llamarle *vacilante*, y decir que
su rumor es *desigual* y que se oye á *distancia*,
todo lo cual es puro ripio, y todo para que el
carro, siendo *vacilante*, que tampoco tenía
necesidad de serlo, sirviera de consonante á
diamante.

Segunda mitad:

«Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería...»

Y la poesía...

Que también se hundiría... si no fuera que
no se podía hundir, porque no se había levanta-
do.

«Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el *viajador*.»

Que no pudo ser *viajero* como suelen ser
todos los que viajan, ni siquiera *viajante*,
como se suelen llamar los que van enseñando
artículos de comercio, sino que tuvo que ser
precisamente *viajador*, para hacer consonante
á *rumor*, al rumor aquel *desigual* del carro *va-*
cilante con que terminaba el primer cuarteto.

Cuarta octava:

«Naturaleza toda gime: el viento...»

¡Dios mío, qué verso más malo!

Si no fueran los dos puntos que hay cerca del final, en *gime*, podría pasar. Vamos, si pudiera recitarse de un tirón haciendo sinalefa en *gime el*, de modo que desapareciera la *e* de *me*, y quedarán las dos sílabas reducidas á una, v. gr.:

Naturaleza toda gime el viento.

Pero con los dos puntos aquellos que imposibilitan la sinalefa, el endecasílabo también es imposible; y se necesita tener en lugar de oído solamente oreja, y oreja muy larga, para querer darle como tal, porque lo que resulta es un verso de doce sílabas mal acentuado.

Pero hay que leer todo el cuarteto, que todo él es malísimo.

«Naturaleza toda gime: el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido...»

Supongo que quiere decir que *gimen*, transportando el verbo del primer medio período; es decir, que hay que traducirlo así: Naturaleza toda gime: el viento *gime* en la arboleda, el pájaro *gime* en el nido...

Bueno, pues así y todo es el cuarteto muy desdichado, porque sigue:

«Y la oveja en su trémulo balido...»

(Suple gime.)

«Y el arroyuelo en su correr fugaz.»

De modo que... Pero copiemos el cuarteto seguido:

«Naturaleza toda gime: el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.»

Donde se ve que el vate transporta el verbo *gime* de la primera oración á otras cuatro, pero no le transporta á todas cuatro en el mismo sentido, sino en sentido diferente, y eso no vale.

Dice primero que *gime* toda la naturaleza, y luego añade: el viento *gime* en la arboleda, el pájaro *gime* en el nido, es decir, en el sitio donde está cada uno; consignando solamente el sitio donde *gime*, y prescindiendo de la manera ó forma cómo *gime*. Pero luego, al hablar de la oveja en el tercer verso, ya no dice que *gime* en el redil ó en el campo, como correspondía, sino en *su trémulo balido*, y del arroyo tampoco dice que *gime* en su cauce, sino en *su correr fugaz*; es decir, que ya la preposición *en* no marca el lugar donde *gimen*, sino la manera de *gemir*.

Lo cual, empleando la misma forma gramatical en las cuatro oraciones y la misma preposición *en*, es dar á los lectores un verdadero quiebro; es hacerles un juego de palabras impropio de una composición seria.

Quevedo, en un romance picaresco, pudo

hacer á un personaje decir que había vivido

«Con más *grillos* que el verano,
Más *registros* que el misal, etc.»

donde los *grillos* del pícaro son prisiones, y los del verano insectos ortopteros; así como los *registros* del pícaro son pesquisas de lo hurtado, mientras los del misal son cintas.

Pero en las composiciones serias no son lícitos estos juegos con el doble sentido de las palabras; no es lícito decir que el pájaro *gime* en el nido y la oveja *en* el balido trémulo...

La formalidad pide que, después de haber dicho que el pájaro *gime* en el nido, si se quiere decir que *gime* también la oveja, se diga que *gime* en la corte, verbigracia.

Más adelante quiere describir cómo rezan los niños, y dice:

«Las manos juntas y los *pies desnudos*,
Fe en el pecho, alegría en el semblante,
Con una *misma voz*, á un *mismo instante*
Á Padre Universal piden amor.»

Bien; que se le pidan..., y que se le pidan con las manos juntas... Pero ¿por qué han de pedírsele con los pies desnudos?... ¿No ve usted que si es en invierno tendrán frío?

¡Pobres criaturas!... ¡Mire usted que es capricho querer que recen con los pies desnudos precisamente!

Y luego... bueno que recen con fe en el pecho, ó en el cerebro, ó donde deba estar la fe, y también con alegría en el semblante; pero eso de que recen con una misma voz, ya no es tan llano... Rezarán cada uno con la suya...

Así como tampoco es fácil, ni es necesario, que pidan el amor al Padre Universal á un *mismo instante*...

Digo...

Necesario sí es, si bien se mira...

Es necesario para consonante...

De lo de la *alegría en el semblante*.

Después habla de su madre á la niña, y la dice:

«No le son conocidos... ni lo sean
A ti jamás... los *frívolos azares*
De la *vana fortuna*, los pesares
Ceñudos que anticipa la vejez.»

¿Qué será eso de los *frívolos azares de la vana fortuna*?...

Ya se le podía dar al autor alguna cosa buena, si viviera, porque nos lo explicara.

En cuanto á lo de «los pesares ceñudos que anticipa la vejez», eso sí se sabe lo que es: una tontería. Porque la vejez no anticipa los pesares; los trae consigo. Los pesares serán los que anticipen la vejez, si acaso.

También dice el vate á la niña esto otro:

«Y sabrás lo que guarda á los que *rifan*
Riquezas y poder la urna aleatoria...»

Tampoco esto está claro...

No se sabe bien qué *urna* es esa urna *aleatoria* que el vate dice... Como no sea la urna electoral...

Y por lo que toca á *los que rifan riquezas*, es de suponer que el vate no haya querido referirse á los que rifan, sino á los que toman billetes para la rifa, que no es lo mismo. Y la equivocación habrá nacido de no saber á punto fijo lo que es rifar.

Allá va otro cuarteto que es modelo de oscuridad:

«Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.»

El primer verso dice literalmente que con vivir se peca, ó que el vivir es pecado, lo cual es un error heretical. Pero la intención del autor ha debido ser otra: habrá querido decir que mientras se vive, siempre se están cometiendo faltas.

Y aquí paramos. De aquí para adelante ya no se entiende: ya no se sabe lo que el autor ha querido decir ni lo que ha dicho.

«Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva...»

¿Quién arrastra?... ¿La culpa nueva arrastra?... ¿Y qué es lo que arrastra?... ¿O no es

la culpa quien arrastra, sino el alma?... ¿Es el alma la que arrastra á la culpa nueva?...

No hay modo de saberlo.

Y luego tampoco es verdad que el alma descienda al ataúd, ni con descenso rápido, ni con descenso pausado.

Otro verso malo... es decir, malos son casi todos, pero más malo que la generalidad:

«Vé, hija mía, á rezar por mí, y al cielo...»

Parece que no se acaba nunca...

Después cambia de metro el vate y dice:

«Ruega, hija, por tus hermanos...»

Otro verso que prueba que el vate puede cambiar de metro, pero no de oído.

«Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron
Y un mismo seno exprimieron...»

Supongo que quiere decir que mamaron de un mismo pecho, aunque lo dice mal, con expresión harto desdichada.

Pero, además, es de creer que los hermanos de la niña y la niña mamarían antes de crecer, no después de haber crecido.

De modo que el vate, al decir

«Los que contigo crecieron
Y un mismo seno exprimieron...»